

## Un shock ortodoxo

**Por Pablo Manzanelli \***

Un análisis elemental de los primeros y acelerados pasos de la política económica macrista indica que se trata de un evidente shock ortodoxo. La fuerte devaluación de la moneda, el significativo ascenso en las tasas de interés, la liberalización en el movimiento de capitales, la apertura económica y el endeudamiento externo constituyeron las medidas inaugurales que se articularán con los ya anunciados aumentos de tarifas de los servicios públicos y el previsible achicamiento del gasto y la política de represión salarial.

La devaluación, la eliminación de retenciones y el aumento tarifario constituyen un coctel altamente inflacionario pero el equipo económico de los “gerentes” intentará compensarlo con políticas contractivas que tiendan a bajar el nivel de precios. Ese es el plan implícito que parece desprenderse de las medidas. Tanto el aumento de la tasa de interés como la búsqueda por reducir el salario real tienen como meta bajar el consumo y por ende el nivel de precios, de modo que estos últimos no aumenten en la misma proporción que la devaluación y se erosionen los efectos de la competitividad-precio. El gobierno es consciente de que el “éxito” de la devaluación depende de eso y que para alcanzarlo deben luchar con la herencia más pesada del kirchnerismo: el robusto mercado interno y la relación de fuerzas. Es probable que las pérdidas de empleo, que son una consecuencia “natural” de estas medidas, constituyan la llave maestra para intentar disciplinar a la clase trabajadora.

La traslación a precios tendrá un capítulo singular en los alimentos, cuyos aumentos se habían desacelerado en el último período de gestión kirchnerista. El precio local de los productos agrarios está determinado por el precio internacional, el tipo de cambio y las retenciones. Si bien los precios internacionales se estabilizan a la baja después de la fuerte caída de 2014, la devaluación y la eliminación de retenciones impactarán directamente en los precios internos. A la reducción de las retenciones a la soja y la eliminación de los cereales, se suma la de la carne y de buena parte de los productos agroindustriales. De allí la creativa afirmación de Macri: “Argentina debe pasar de ser el granero al supermercado del mundo”. Toda una definición que tiene poco que ver con las retóricas al desarrollismo de Frondizi.

Así, las rentabilidades del agro y sus industrias vinculadas se incrementarán sustancialmente por la vía de la transferencia de ingresos, especialmente por la reducción de los ingresos públicos, cuya significación es de aproximadamente el 1,3 por ciento de la recaudación total. Ello se compensará parcialmente con la esperable mayor liquidación de los productos retenidos en silobolsas. De cualquier modo, el recaudador no debe preocuparse porque el plan incluye el ajuste fiscal que no tardará en llegar de la mano de la reducción de subsidios, salarios reales del sector público, etc.

El otro enigma del shock ortodoxo estará en la cantidad de dólares disponibles para sostener el tipo de cambio. La salida depende de las negociaciones para acceder a nuevos créditos externos. Con soltura hablan de un blindaje financiero de al menos 15-20 mil millones de dólares, que implicaría un incremento de la deuda pública con el sector privado de 30 por ciento aproximadamente, incrementando su composición en moneda extranjera. De todos modos, la búsqueda de dólares es “a lo que dé lugar”. De allí que hayan eliminado el encaje del 30 por ciento y las restricciones a los plazos de permanencia en el ingreso de dólares, en un escenario de aumento de las tasas de interés en Estados Unidos. Ello reforzará los efectos cíclicos – esperablemente negativos– de la economía mundial.

En efecto, se trata de una batería de medidas cuya orientación es clara para los objetivos trazados, sumamente regresivos. El dilema, en este contexto, es cuál va a ser el motor del crecimiento después de la fase contractiva. Más aun cuando la devaluación y la reducción/eliminación de las retenciones se llevan a cabo en el marco de una crisis mundial que tiende a planchar o disminuir la demanda externa (aun, pero en menor medida, de los productos del agro).

Así, la nueva política económica de los gerentes del capital extranjero y de la banca internacional no dio indicios del “relato” desarrollista. Al contrario, la reducción de los controles a las importaciones y la revisión de los aranceles podrían afectar, incluso, a algunas grandes corporaciones industriales. De allí que ciertos grupos económicos locales no estén mirando con buenos ojos los nuevos senderos de la economía argentina. En última instancia, la devaluación y el ajuste no sólo disparan los precios internos y la caída del salario real sino también la puja por los precios relativos de las fracciones empresarias, donde el agro pampeano y el capital extranjero (especialmente el financiero) parecen empezar ganando las primeras pulseadas.

\* Investigador del Area de Economía y Tecnología de la Flacso y Cifra-CTA.

<http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-288702-2015-12-21.html>